

que abre no tiene cura. No dejes pasar día alguno, ó á lo menos sean muy pocos, sin repetir esta leccion á tus dependientes y sin repetírtela tambien á tí mismo.

2 Guárdate mucho en adelante de abandonarte á esos escosos de desolacion y de tristeza cuando te suceda alguna afliccion, algun trabajo. Quitóte Dios lo que te habia dado, lo que no se te debia, ó lo que quizá seria muy pernicioso para tí. ¿Pues á qué fin esos desconsuelos y esas quejas? ¿qué agravio te hacen en quitarte lo que no era tuyo? ¿qué derecho tienen los hombres ni á los bienes ni á las honras temporales á que aspiran? No te alijas, pues, sinó del pecado; cuando te suceda algun contratiempo, consuélate con que eso no es pecado. Sucédate lo que te sucediere, por triste, por doloroso que sea, repítete á tí muchas veces con el Profeta: *Quare tristis es, anima mea? et quare conturbas me?* ¿Qué motivo tengo yo para estar triste ni para afligirme? La pérdida de este pleito no es pérdida de la gracia; este contratiempo no es pecado; no pierdo la amistad de Dios por esta desgracia que me sucede. *Quare tristis es?* ¿Pues por qué me he de afligir por un accidente que no es cosa mala? Algunas veces puede mas la tristeza que las máximas, que los principios de la religion; pero las reflexiones cristianas disipan presto la mas negra, la mas sombría tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; y morir en pecado es el colmo de todas las desdichas, es el supremo mal. Sea esta gran verdad la materia mas comun de tu meditacion.

DIA XXIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN CLEMENTE, el tercer papa despues de S. Pedro apóstol que gobernó la Iglesia, el cual en la persecucion de Trajano fué desterrado á Chersoneso, en donde echándole al mar con una ancora atada al cuello, alcanzó la corona del martirio. Su cuerpo trasladado á Roma en el pontificado de Nicolao I, fué depositado en la iglesia que antes se habia dedicado á su nombre. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SANTA FELICITAS (ó FELICIDAD), madre de siete hijos mártires, en Roma; la cual despues de ellos fué degollada por orden del emperador Marco Antonino por confesar la fe católica. (*Véase su historia juntamente con la del martirio de sus siete hijos en las del día 10 de julio.*)

SANTA LUCRECIA, virgen y mártir, en Mérida en España; la cual en la persecucion de Diocleciano fué martirizada por sentencia del presidente Daciano. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN SISINIO, mártir, en Cízico en el Helesponto; el cual en la misma persecucion despues de muchos tormentos fué degollado (en el año 311.)

SAN ANFILOQUIO, obispo, en Iconio en Licaonia, compañero de los santos Basilio y Gregorio Nacienceno en el desierto y en el obispado; el cual despues de muchas peleas que sostuvo en defensa de la fe católica, esclarecido en santidad y doctrina murió en paz. (Fué este Santo otro de los Padres mas ilustres de la Iglesia Griega. S. Gregorio Nacienceno le llama « Pontifice irreprehensible, ángel del Señor, y héroe de la verdad; » y por testimonio de este mismo Padre sabemos que curaba con sus oraciones á los enfermos con la invocacion de la Santísima Trinidad y con la oblacion del Sacrificio. Parece que murió por los años de 394.)

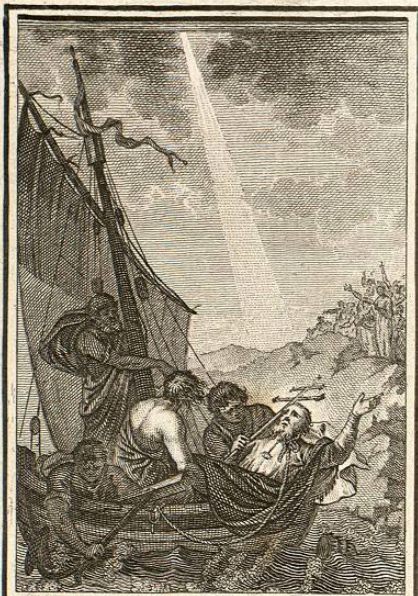
LA DICHOSA MUERTE DE SAN GREGORIO, obispo, en Agrigento, ó Gergenti, en Sicilia. (Su zelo en defender la verdad católica le ocasionó grandes persecuciones de parte de los herejes; y habiendo sido acusado en cierta ocasion al papa S. Gregorio, tuvo que ir á Roma para defenderse; pero el pontífice que conoció su inocencia, le animó á continuar su tarea. Murió en el año 592.)

SAN TRUDO, presbítero y confesor, en un lugar de Haspengaw.

EL DICHOSO TRÁNSITO DE SAN JUAN BUENO, en Mantua, del orden de los ermitaños de S. Agustín, cuya esclarecida vida escribió S. Antonino.

SAN CLEMENTE, PAPA Y MÁRTIR.

FUÉ S. Clemente tan distinguido por el esplendor de su ilustre nacimiento, que estaba emparentado con los emperadores romanos. Todo era grande en este Santo; el origen, la dignidad, las virtudes, la doctrina. Su padre, que era senador, se llamó Faustino, y su madre Matilda. El palacio de estos señores estaba en el monte Celio. Tardó poco Clemente en añadir al esplendor de su cuna el de su mérito personal; y haciéndose mas hábil en el estudio de las letras humanas, llegó á poseer con perfeccion la lengua griega. Pero faltábale el conocimiento de las verdades de la fe cuando, por grande dicha suya, entraron en Roma S. Pedro y S. Pablo, de quienes se hizo discípulo, y le instruyeron en las verdades de la religion aquellos dos grandes maestros de todo el universo. Adelantó tanto en ella, que san Pablo le apellida su coadjutor en la predicacion del Evangelio, hombre escogido de Dios, cuyo nombre estaba eserito en el libro de la vida. No se sabe á punto fijo si sucedió en el pontificado inmediatamente á S. Pedro, aunque en sentir comun de la Iglesia parece ser que S. Lino y S. Cleto le precedieron en el gobierno de toda ella. Llevó al trono pontificio la inocencia, habiendo conservado toda la vida su pureza virginal. Durante su



S. CLEMENTE PAPA Y M.

pontificado sucedió entre los fieles de Corinto una desgraciada division que hizo mucho ruido. Habia florecido grandemente aquella Iglesia por el ejercicio de las virtudes cristianas y por su ejemplar edificacion desde que el apóstol S. Pablo la habia fundado; pero no perseveró en su primitivo fervor. Turbó su paz la emulacion de algunos particulares, y se lloró despedazada con un funesto cisma que se formó dentro de su mismo seno. Viendo los fieles de Corinto los progresos que iba haciendo aquel incendio fatal, imploraron el auxilio de otras iglesias para cortarle, y se dirigieron principalmente á la de Roma, que se hallaba á la sazón en lo mas vivo de sus tribulaciones. Luego que Dios restituyó la paz á esta Iglesia con la muerte del perseguidor que la agitaba, convirtió S. Clemente su atencion á los corintios, y los escribió aquella célebre y admirable carta que tanto alabaron y ponderaron los Padres, siendo uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad. Está escrita con tan delicada mezcla de fortaleza y de suavidad, que corrigiendo el mal, hace amable el remedio. En ella resplandece la prudencia y la dulzura; habla la caridad apostólica, y su estilo es natural, claro, perspicuo, sin artificio, despojado de todo adorno extraño y forastero. Dice san Ireneo que con aquella Epistola restableció S. Clemente la fe y la caridad entre los hermanos de Corinto, y los anunció la tradicion que ya habian recibido por el ministerio de los apóstoles. Al mismo tiempo que el santo pontífice estaba todo dedicado á solicitar la salvacion de su rebaño con el desvelo que correspondia á la dignidad y á la obligacion de pastor universal, se levantó una furiosa persecucion contra su sagrada persona como cabeza de todos los cristianos. Fué citado, y se vió precisado á comparecer delante del prefecto del pretorio. Rogóle Mamertino (así se llamaba el prefecto) que no quisiese echar un feo borron en la reputacion de su esclarecido nombre, que apaciguase al pueblo y ofreciese incienso á los dioses. Fué su respuesta muy correspondiente á su fe; ni se podia esperar otra cosa que una respuesta llena de fortaleza de un hombre que estaba sentado sobre la sólida piedra de la santa silla apostólica, y una respuesta llena de dignidad, del que ocupaba la mayor y la primera de toda la Iglesia. Dió parte Mamertino al emperador Trajano de la resolucion del pontífice, y Trajano le desterró. Quiso Mamertino hacer otra tentativa, y como el último esfuerzo para reducir al santo papa; pero el generoso confesor le respondió constante y resueltamente que ni el destierro ni la muerte le harian nunca adorar á los dioses del imperio; y aun el mismo S. Clemente hizo algunas tentativas para ganar al prefecto, y

si no lo consiguió, á lo menos le inspiró una tierna y compasiva inclinacion á los cristianos. Desterróle al Quersoneso no sin mucho dolor suyo; y cuando el Santo se despidió de él se enterneció Mamertino, y derramando algunas lágrimas, le dijo: «Espero que el Dios que adoras no te abandonará en tu desgracia, consolándote y dándote fuerzas para sufrir el destierro que padeces por su gloria.» Fué despues conducido á la isla del Quersoneso Táurico, donde le condenaron á trabajar en las minas. Un papa por su nacimiento augusto, por su dignidad recomendable, por sus méritos ilustre, venerable por sus canas, y mucho mas por la santidad de su vida, baja á aquellas profundas espantosas cavernas, y se ve precisado á cavar la tierra como un miserable delincuente, á regarla con el sudor de su rostro, y ocupar en aquel afrentoso ejercicio el tiempo destinado para gobernar el rebaño de Jesucristo y toda su Iglesia. ¿Pero qué haria el santo pontífice en tan dura estremidad? ¿quejariase de tan injusto proceder? Muy lejos estaba de quejarse el que sabia muy bien que en padecer mucho consistia la mayor gloria de su religion. Tuvo por muy feliz en participar de los trabajos de los fieles, llamándolos su corona en el estilo del Evangelio: porque con efecto, los trabajos son aquellas piedras preciosas que componen las coronas inmortales con que brillan los bienaventurados en el cielo. ¡O Dios, y qué diferentes son los pensamientos de los Santos comparados con los nuestros! Cuando los envais aflicciones besan la mano que los hiere, sin que en su boca ni en su corazon se oiga otra voz que está: *Sea Dios bendito*. Pero cuando nos visitais á nosotros con tribulaciones, ni del corazon ni de la boca se nos caen jamás sentidas quejas y amarguissimas palabras: están tan achacosos los ojos de nuestra fe, que nunca miramos las desgracias temporales como favores de vuestra mano; y sin embargo, es muy cierto que el Dios que nos azota es el Dios que nos ama. Encontróse S. Clemente en su destierro con dos mil cristianos, á quienes ninguna cosa atormentaba tanto como el insoportable ardor de la sed que los abrasaba. Era aquel lugar tan árido y tan seco, que entre aquellos peñascos, enriquecidos con tantas venas de plata y oro, no se encontraba ni una sola vena de agua, siendo preciso traerla con gran fatiga de un sitio muy distante. Movido nuestro Santo del trabajo y de las lágrimas de aquellos ilustres desterrados, se volvió al Señor, y le suplicó se compadeciese de aquellos sus fieles siervos en tan extrema necesidad. Fué oida su oracion; y apareciéndosele Jesucristo en figura de un cordero, le señaló con el pié una fuente de agua viva, que brotando de repente de una peña, aumentó

el respeto y la veneracion que ya profesaban todos al nuevo Moisés; y acudiendo de todas partes á ser testigos del prodigio, se convirtieron los infieles á la fe. Informado de esto el emperador Trajano, despachó al presidente Aufidio para que hiciese volver al culto de los ídolos á los que se habian hecho cristianos en vista de aquel portentoso; pero á todos los esperimentó inconstables. Derramaban su sangre, pero mantenian su fe. Despues que el ministro del emperador sacrificó muchas de aquellas sagradas victimas, viendo que cada uno se presentaba voluntariamente á la muerte, prodigo ó desperdiciador de su vida, le pareció mas acertado perdonar á la muchedumbre, y castigar únicamente á la cabeza. Habló, pues, á S. Clemente; instóle para que sacrificase á los dioses; acaricióle, amenazóle para pervertirle; ¿pero qué pueden las amenazas ni las caricias contra un mártir que tiene impreso en su corazon el amor de Jesucristo? Así, pues, viendo que nada adelantaba, usando de su autoridad, dió sentencia de muerte contra el Santo; y para que no quedase entre los fieles reliquia suya que pudiese consolarlos, mandó que le arrojasen en el mar con una grande áncora al pesceño, pareciéndole se olvidarian presto de un hombre de quien no restaba cosa que pudiese escitarles la memoria, como si el milagro de la fuente que brotó repentinamente del peñasco no fuese eterno monumento del poder del santo mártir. Fué, pues, precipitado en el mar á vista de sus queridos hijos, que con los ojos y con el corazon seguian á su amado padre. ¿Pero qué puede el poder de los hombres contra el poder de Dios? Mientras los cristianos, consternados y afligidos lamentaban la gran pérdida que acababan de padecer, Cornelio y Probo, discipulos del santo pontífice, dijeron á los demás: *Hagamos oracion á Dios, hermanos míos, para que se digne descubrirnos las reliquias del santo mártir*: cuando he aquí que mientras estaban en oracion la mar se retiró hácia adentro, dejando el suelo enjuto y libre para que todos los que quisiesen pudiesen ir á visitar el milagroso sepulcro que el Señor habia preparado al santo mártir en medio de las ondas y en el profundo de su abismo. Asombrados del prodigio comienzan á caminar á pié enjuto por el lecho que ocupaban antes las aguas, y se hallan con un templo de mármol, fabricado por mano de ángeles; un sepulcro en que estaba el cuerpo de S. Clemente, y al lado de él la áncora con que fué arrojado al mar. Mas fácil es concebir que declarar el asombro que sobrecogió á todos los fieles á vista de aquel portentoso. Ya estaban resueltos á retirar de allí el cuerpo del santo mártir, cuando por medio de una vision los avisó el cielo que no tocasen á él, con la

seguridad de que todos los años se repetiria el prodigio, retirándose la mar por espacio de siete dias para que todos lograsen el consuelo de visitar el cuerpo del Santo á su satisfaccion. Cumpliése así puntualmente con tanta utilidad de los que fueron testigos de aquella maravilla, que no quedó en todo aquel país ni hereje, ni judío, ni pagano. Pero sucedió otro prodigio que todavía contribuyó más á la propagacion de la fe. Un hombre devoto con su piadosa mujer y un hijo único que tenian fueron á tributar sus respetos al santo mártir en su milagroso templo, en el que se detuvieron muy despacio; pero como ya iba declinando el dia séptimo, y se acercaba la hora en que el mar habia de volver á su curso ordinario, se salieron del templo, dejándose en él la prenda que más amaban, esto es, á su querido hijo, disponiendo el cielo con particular providencia un olvido que no parecia natural. Ya el mar habia ocupado su acostumbrado lecho cuando los padres del niño cayeron en cuenta de su descuido. No tuvieron otro remedio que retirarse á su casa con el corazon traspasado de dolor. Pasóse el año, y acercándose la fiesta del Santo, se dijeron uno al otro aquellos devotos padres del nuevo Moisés: *Vamos á visitar el sepulcro del glorioso S. Clemente, y recogeremos los huesos de nuestro querido hijo*. Diéronse prisa á caminar, y llegaron los primeros á la orilla, corriendo apresurados al sepulcro del Santo luego que el mar se retiró, seguidos de otros muchos que no caminaban con tanta celeridad. Apenas entraron en el templo cuando vieron á su hijo vivo, sano, robusto, y con la mas cabal salud. Tanto embargo la voz un excesivo gozo como un excesivo dolor, y así quedaron los dos por largo rato como mudos, atónitos y asombrados sin conocerse el uno al otro; pero al fin volviendo en sí de aquel estático pasmo, fué su primer desahogo prorumpir en gracias, bendiciones y alabanzas de la grandeza de Dios, de su mayor gloria, y del poder de nuestro Santo. Este prodigio le refiere S. Efrén, obispo de la ciudad de Georgia; le repite S. Gregorio Turonense; y el cardenal Baronio en sus anales asegura ser tales y tan auténticas sus pruebas en toda la antigüedad; que no hay el mas leve fundamento para ponerle en duda.

SANTA LUCRECIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

SANTA Lucrecia, ilustre por su nacimiento, pero mucho mas por la pureza de su fe y por el glorioso triunfo que consiguió de uno de los mas fieros perseguidores de la Iglesia, nació en Mérida, ciudad esclarecida en la gloria de algunos Santos con que en-

salzó su nombre no solamente en la tierra, sino en el cielo. Dejose ver en el mundo dotada de todas aquellas nobles disposiciones de naturaleza y de gracia, que no solo allanan sino que facilitan el camino de la virtud, y aplicándose sus padres á darla una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre cuna, solo sirvieron sus instrucciones para fomentar en ella aquellos sentimientos tan nobles como cristianos que el Espíritu Santo inspiraba de continuo en el tierno corazon de Lucrecia, que por la justificacion de su conducta era el ejemplo y aun la confusion de muchos fieles; siendo esta la causa porque la miraban los idólatras como enemiga de sus falsos dioses.

Hacia cada día Lucrecia admirables progresos en la virtud, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano movieron contra la Iglesia la décima persecucion que padeció en tiempo de los príncipes paganos. Enviaron éstos á España por su lugarteniente ó gobernador á Daciano, uno de los hombres mas crueles que han conocido los siglos, y despues que hubo sacrificado al furor de su saña innumerables víctimas inocentes en las provincias de Cataluña, de Aragon y de Toledo; pasó á la de Portugal, y presentándose en Mérida, hizo publicar los edictos acostumbrados, mandando por ellos, que todos los vasallos del imperio rindiesen adoracion á los dioses romanos. No tardó mucho en saber que se distinguia Lucrecia entre los cristianos por sus eminentes virtudes, y dando orden á sus ministros para que la trajesen á su presencia, quedó lleno de admiracion al ver su rara hermosura y su singular modestia. Supo que era una doncella no menos noble que poderosa, y queriendo por una parte obligarla al culto de los ídolos, y por otra apoderarse de sus bienes, comenzó á persuadirla á que desistiese de la vana religion de los cristianos, valiéndose para ello de cuantos medios pudo sugerirle su ciega obstinacion. Esperimentó á breve tiempo, que todos sus esfuerzos eran inútiles para reducir á la ilustre virgen á que sacrificase á los dioses romanos, y pareciéndole que el horror y las molestias de la cárcel la obligarian á mudar de propósito, mandó ponerla en un oscuro calabozo, con orden espresa de que no la viesen ni hablase persona alguna.

Mantúvose Lucrecia algun tiempo en la dura prision, padeciendo innumerables trabajos; pero habiendo entendido Daciano, que era mas fácil deshacer las piedras mas duras, y derretir el hierro en blandura, que separar á la insigne virgen de la religion que profesaba, dió orden á sus ministros para que la presentasen á su consistorio, donde sentado en clase de juez, la habló de esta suerte: *Me admiro, Lucrecia, que siendo de noble y libre con-*

dicion, muestres en las costumbres ser una persona vil, confesándote esclava de Cristo, aquel hombre que clavado en una cruz, no pudo á sí mismo librarse del patibulo.—Si hubieras leido al Profeta, le respondió la Santa, supieras, que servir á Dios es recinar: en cuyo supuesto no perjudica á mi ingenuidad mi servidumbre á Jesucristo verdadero Dios, antes bien la ensalza, y por lo mismo recibo de ella mas bien esplendor que detrimento.—Dí, siguió entonces Daciano, antes que los tormentos y las penas puedan vindicar tus blasfemias, ¿por qué resistes sacrificar á nuestros dioses?—Porque está escrito, contestó Lucrecia, que solo se ha de servir y sacrificar á Dios; y los tuyos son demonios, á quienes es superstición adorar.—¿Luego yo, continuó el tirano, nuestros emperadores, el senado y pueblo romano somos supersticiosos?—Sin duda lo sois, dijo Lucrecia, pues no conocéis ni adorais al verdadero Dios.

No pudo Daciano sufrir por mas tiempo el desprecio que hacia la insigne virgen de todas sus reconvençiones, y queriendo concluir de una vez el interrogatorio, la dijo: *Elige por último uno de estos dos extremos, ó padecer como necia diferentes penas entre los sentenciados á muerte, ó sacrificar á los dioses como sabia y noble persona.* A esto respondió Lucrecia: *Sacrifica tú á los demonios, que yo solo ofrezco sacrificio al verdadero Dios y á Jesucristo su único Hijo.* No es posible explicar el furor que concibió el tirano al oír semejante resolucion, y deseando vengar las injurias hechas á sus dioses, mandó herir con fuertes bofetadas el rostro de la hermosísima doncella, y estenderla sobre la catasta ó potro, para que padeciese el fiero tormento de aquella horrible máquina; pero viendo que en lugar de sentimiento manifestaba Lucrecia una inalterable tranquilidad y una alegría extraordinaria en medio de aquel castigo, pronunció sentencia de que fuese degollada inmediatamente; persuadiéndose que si apelaba á otras pruebas para vencer su constancia, seria dar margen á su mayor confusion. Sacaron los infieles á la ilustre heroina fuera de la ciudad cerca de la fábrica de una puente, y cumpliendo la injusta providencia del tirano, consumaron el sacrificio de la inocente víctima en el día 23 de noviembre á principios del siglo iv. Recogieron los cristianos por la noche el venerable cadáver de la insigne mártir, y la dieron sepultura con la cautela que permitian aquellas edades lamentables; pero despues que gozó de paz la Iglesia, erigieron en honor de la Santa un magnífico templo en el mismo lugar donde padeció martirio, el cual duró hasta la irrupcion de los moros en España.

La misa es en honor de S. Clemente, y la oracion la que sigue:

O Dios, que cada año nos imitemos la virtud de la pacolmas de alegría en la festividad de S. Clemente papa y celebramos. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 3 y 4 de la del apóstol S. Pablo á los filipenses.

Hermanos: Sed mis imitadores, y observad aquellos que caminan segun el ejemplar que teneis en nosotros, porque muchos de los que os he hablado muchas veces (y aun ahora os hablo con lágrimas) se portan como enémos de la cruz de Cristo; de los cuales el fin es la perdicion, y su Dios el vientre, y su gloria está en su confusion, los cuales tienen apego á las cosas terrenas. Pero nuestra conversacion está en los cielos, por lo cual esperamos tambien al Salvador nuestro Señor Jesucristo, el cual trasformará el cuerpo de nuestra baja para que sea conforme al cuerpo

de su gloria con aquel poder con el cual puede sujetar á sí mismo todas las cosas. Y así, hermanos míos muy amados y carísimos, mi alegría y mi corona, permaneced de esta manera en el Señor, ó amantísimos. Ruego á Evodia y suplico á Sintiques que tengan los mismos sentimientos en el Señor. Tambien te ruego á tí, ó compañero fiel, que las ayudes, pues ellas han trabajado conmigo por el Evangelio, juntamente con Clemente y los demás coadjutores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

REFLEXIONES.

Cuyo fin es una muerte infeliz, cuyo vientre es su Dios, y cuya gloria cede en mayor confusion de los que solo gustan de las cosas de la tierra. ¡Cuántos y cuántos se pueden ver á sí mismos en este fiel retrato! Lleno está el mundo el día de hoy de falsos cristianos, cuya religion es de perspectiva, no más que por bien parecer, un fantasma ó estafermo de religion, ocupando en ellos el espíritu del mundo aquel lugar que debiera llenar el espíritu de Jesucristo. Miran estos las máximas del Evangelio con los mismos ojos con que los paganos miraban

nuestra doctrina, que era escándalo para los judíos, locura y necedad para los gentiles. Valga la verdad: ¿Qué fe, qué religion es la de aquellas personas mundanas que solo toman gusto á las cosas de la tierra? ¿cuyas costumbres, cuyas máximas, cuya conducta es tan contraria al espíritu de Jesucristo? Entregados á sus propios deseos, esclavos de sus brutales pasiones, guiados de sus alucinados sentidos, ¿qué reglas se propondrán para gobernarse con acierto? ¿qué es lo que hoy se estima, qué es lo que se aplaude en el mundo? ¿de qué se hace gloria y vanidad? ¿en qué se coloca la dicha, la felicidad y la fortuna? No hay más que consultar á esos idólatras de las diversiones, de los banquetes y de los pasatiempos; á esas mujeres del gran mundo, cuyas costumbres son tan parecidas á las costumbres de las mujeres paganas, y cuya vida se desvia tan poco de la suya. No hay más que atender á la materia más comun de las conversaciones, de los corrillos, de las visitas y de los concursos en que brilla la profanidad más escandalosa, la licencia más desmascarada, y el espíritu del mundo más á cara descubierta. ¡Ah! que el desórden ha llegado á tal punto, que se hace gala del mismo deshonor. Se hace profesion de ser menos cristiano, y como que se avergüenzan algunos de obedecer á las más sagradas leyes de la Iglesia. Los ejercicios espirituales, las devociones, los actos públicos de religion no son del gusto de las personas mundanas. La delicadeza, el orgullo, la ambicion, el refinamiento en las diversiones y en los pasatiempos, la altanería, la vanidad y la desenvoltura, estos son los principales rasgos que hoy caracterizan en el mundo á la mayor parte de los que se llaman cristianos. ¿De cuantos se podrá decir que no reconocen otro Dios que sus riquezas, que su ambicion, que sus gustos, que sus diversiones, que su vientre? ¿Pero cual será su destino? Ya le anuncia S. Pablo sin ambigüedad, sin disimulo: una muerte infeliz y desgraciada: *Quorum finis interitus.*

El Evangelio es del cap. 24 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Velad, porque no sabéis en qué hora ha de venir vuestro señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladrón, velaria ciertamente, y no permiti-

ria minar su casa. Por tanto estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabéis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo

el sustento? Bienaventurado el esta manera. Os digo de ver-siervo, á quien su señor cuando dad que le dará la administra- venga, encuentre obrando de cion de todos sus bienes.

MEDITACION.

No hay estado mas peligroso para la salvacion que el de la tibieza.

PUNTO PRIMERO. — Considera que por estado de tibieza se entiende la disposicion de una alma que se ciñe precisamente á evitar las culpas graves, y que hace poco ó ningun aprecio de las faltas ligeras, las que comete con frecuencia, sin reparo, sin temor y sin remordimiento. De una alma que hace los ejercicios espirituales con negligencia, que reza y ora sin atencion, que frecuenta las confesiones sin enmienda, las comuniones y misas sin fervor, y hace todas sus devociones sin fruto. En semejante estado mira el alma el ejercicio de las grandes, de las heroicas virtudes con una indiferencia que degenera presto en disgusto. Siente no sé qué desmayo en el servicio de Dios que la inclina á hacer todas las cosas con flojedad y con descuido. El desmayo pasa muy en breve á flaqueza, y esta llega á ser tanta, que la hace duro, pesado, insoportable el yugo del Señor. En semejante lastimosa constitucion se espone sin escrúpulo á ocasiones peligrosas, se derrama indiferentemente el espiritu á todo género de objetos, y el corazon se entrega casi sin remordimiento á mil perniciosos deseos. Entonces si se hace alguna cosa buena es solo por bien parecer, por costumbre, por inclinacion natural, por humor ó por capricho. Se asiste como de cumplimiento á ciertos actos piadosos á que precisa la obligacion; y como se guarden ciertas medidas, como se observen ciertas exterioridades de religion que bastan para evitar la nota y la reprehension de los que deben zelar su observancia, se hace poco caso de agradar ó no agradar á Dios, ó por mejor decir, apenas se hace cosa que no le desagrade. Se deja fácilmente inducir el alma á cometer todo género de culpas veniales con pleno conocimiento y con toda deliberacion, haciendo con tedio y con disgusto aquellos ejercicios espirituales, de que no se puede dispensar. Se trata con desvío, y se mira con no sé qué secreta aversion á las personas virtuosas; porque su virtud es una importuna censura, su fervor una muda pero penetrante reprehension de la tibieza. Solo se gusta de tratar con los imperfectos, y se siente cierta oculta propension hácia los menos observantes. Agrade mucho su conversacion, y

se celebran sus chanzonetas, sus zumbas, sus satíricas mordacidades contra los devotos y contra los que ellos llaman *beatos*. Gústase de los imperfectos, que por sus modales libres ó poco religiosos autorizan la relajacion. De aquí nacen aquellas amistades particulares siempre perniciosas á esos imaginarios amigos; de aquí aquellas insulsas bufonadas con que se burlan de la escrupulosa puntualidad de los buenos; bufonadas que acaban de sufocar enteramente la poca semilla de devocion y de piedad que habia quedado en aquella pobre alma. Para colmo de su desgracia se forma allá una conciencia, á cuyo abrigo una persona, que por otra parte frecuenta los sacramentos, alimenta dentro de su corazon aversiones secretas, emulaciones llenas de veneno, peligrosas, y aun acaso pecaminosas inclinaciones, cierto espiritu de amargura y de murmuracion contra los superiores, un fondo de orgullo y de amor propio que se derrama en casi todas las acciones de la vida. Imagina estado mas peligroso, mas pernicioso ni mas digno de lástima para la salvacion.

PUNTO SEGUNDO. — Considera en cuanto peligro está la salvacion de una alma que se halla en tan lastimoso estado. La pobre ni aun siquiera conoce el peligro; ¿pues por qué milagro se retirará de él? Juzga que se halla en buen estado; ¿por donde pensará en pasar á otro? Confiesa, sí, que no se siente con el mayor fervor, que su amor de Dios no es el mas fino y el mas ardiente; pero está muy léjos de pensar que se halla en desgracia de Dios, y ordinariamente se halla. Desengañémonos; rarísima vez está una alma por largo tiempo en la tibieza sin que esté en pecado mortal; no porque los pecados veniales que comete sin escrúpulo lleguen nunca á ser mortales, sino porque es moralmente imposible que el alma viva por largo tiempo en una tibieza, en una indevocion y en una infidelidad habitual sin que caiga en alguna culpa mortal. Es para ella sumamente fácil el consentir en un mal pensamiento. Una alma tibia, privada por culpa suya de aquellos especiales auxilios que son tan necesarios para resistir á las violentas tentaciones, los cuales, por lo regular, solamente los concede Dios á las almas fervorosas, ¿saldrá siempre victoriosa de los lazos, de los malignos artificios del enemigo de la salvacion, continuamente en centinela, perpetuamente alerta para sorprender la plaza? No nos engañemos: vivir habitualmente en estado de tibieza, y conservar por largo tiempo la inocencia, es una quimera en buena filosofia cristiana. Toda la diferencia está en que un pecador claro y descubierto, un libertino de profesion conoce que está en desgracia de Dios, y

una alma tibia, que acaso lo está mas, se imagina erradamente en su amistad; por cuya razon dijo el Señor, que en su servicio era menos malo ser enteramente frio, que tibio ó indiferente. Menos dificultosa es la conversion de un gran pecador, que la de una alma tibia. Hay pocas señales mas ciertas de reprobacion que este estado de flojedad, de cobardía, de indevoción y de indiferencia. Se ven hombres malvados que vuelven sobre sí y se enmiendan de su disolucion; pero pocas almas indevotas y tibias se ven que se corrijan de su tibieza.

Conozco, Señor, que es menester un milagro de vuestro poder y de vuestra misericordia para hacerme salir de este infeliz estado de la tibieza en que por tanto tiempo he vivido; pero espero con la mayor confianza que obrareis este milagro por vuestra pura bondad, y por la intercesion de mi singular protectora, vuestra querida madre, la santísima Virgen María. Reconozco el peligro de este desgraciado estado en que me hallo; preveo muy bien todas sus funestas consecuencias, y esta es visible señal de que vos quereis sacarme de él. Concededme, Señor, vuestra gracia, pues con ella quiero salir de él desde este mismo momento.

JACULATORIAS. — Dignaos, Señor, de dilatar mi corazón, y desde el mismo punto correré, volaré por el camino de vuestros santos mandamientos.

Ansiosamente desea mi alma observar con fervor los justos preceptos de tu santa ley por todo el espacio de mi vida. (Ps. 118.)

PROPOSITOS.

1 No hay estado mas peligroso ni tampoco le hay mas comun, aun en aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, que el estado de la tibieza. Es, por decirlo así, una enfermedad popular, con la cual nos domesticamos; pero que ni por eso deja de ser menos mortal. Es una calentura lenta que no estorba las funciones ordinarias de la vida; pero apenas hay quien se liberte de ella. Vase consumiendo poco á poco el enfermo por largo espacio de tiempo, y al cabo se muere. Aplica desde hoy todos los remedios posibles para cortar este mal. Da principio á la cura haciendo tus diarios ejercicios espirituales con nueva atencion, con nueva exactitud, con nueva devoción y con nuevo fervor. Al principio te llevará tras de sí la mala costumbre que tienes de hacerlos sin atencion y sin gusto; pero tente firme, y haz frente á esa mala costumbre. Comienza por la puntualidad de hacerlos

todos á su tiempo, y pasa despues á hacerlos con nuevo respeto y de rodillas, si esto te fuere posible. En fin, haz todo lo que está de tu parte, que la gracia hará lo demás.

2 Desviate del trato de los tibios y de los imperfectos: la tibieza es una enfermedad contagiosa que fácilmente se pega. Rompe toda amistad particular, que es la peste de las comunidades; y vuelve desde hoy á todas las devociónes, á todos los ejercicios espirituales que dejaste. Sobre todo, aplicate con particular atencion á sacar fruto de la frecuencia de sacramentos; y si eres sacerdote, á celebrar con provecho y con respetuosa devoción el santo sacrificio de la misa. Insensiblemente se va dejando la preparacion y las gracias despues de ella. Acostúmbrase uno á hacer sin devoción aquello que hace todos los dias. Remedia desde luego tan gran mal. Prepárate siempre con cuidado y con nuevo fervor para comulgar ó para celebrar el tremendo sacrificio. Ejecuta estos dos grandes actos con toda la religion que inspira una viva fe; y nunca omitas las gracias, tanto en la forma, como en el tiempo que debes emplear en ellas. Con el mismo zelo te has de llegar al sacramento de la penitencia: siempre te has de confesar como si supieras con certeza que aquella habia de ser tu última confesion. El retiro espiritual de un dia cada mes es uno de los medios mas propios y mas eficaces para salir del estado de la tibieza: jamás debes omitir esta santa costumbre. Por lo menos emplea una vez á la semana algun espacio de tiempo en la meditacion de la muerte. No hay remedio mas saludable contra los desalientos del alma en el servicio de Dios: no hay ejercicio mas provechoso ni mas seguro. Ninguna cosa has de despreciar cuando se trata de tu eterna salvacion, ó de tu condenacion eterna. ¿Qué necesidad tienes de otro motivo mas poderoso?

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

SAN JUAN DE LA CRUZ, confesor: de cuyo dichoso tránsito se hace conmemoracion el dia 14 de diciembre. (Véase su vida en las de hoy.)

EL TRÁNSITO DE SAN CRISÓGONO, mártir, en el mismo dia; el cual despues de haber sufrido constantemente por la confesion de Jesucristo una larga cárcel entre cadenas, por mandato de Diocleciano fué conducido á Aquileya, en donde degollado y arrojado al mar alcanzó la palma del martirio. (Véase su vida en las de hoy.)

SAN CRESCENCIANO, mártir, en Roma; del cual se hace mencion en las actas del martirio de S. Marcelo papa (juntamente con el cual tuvo la gloria de padecer por los años de 309.)